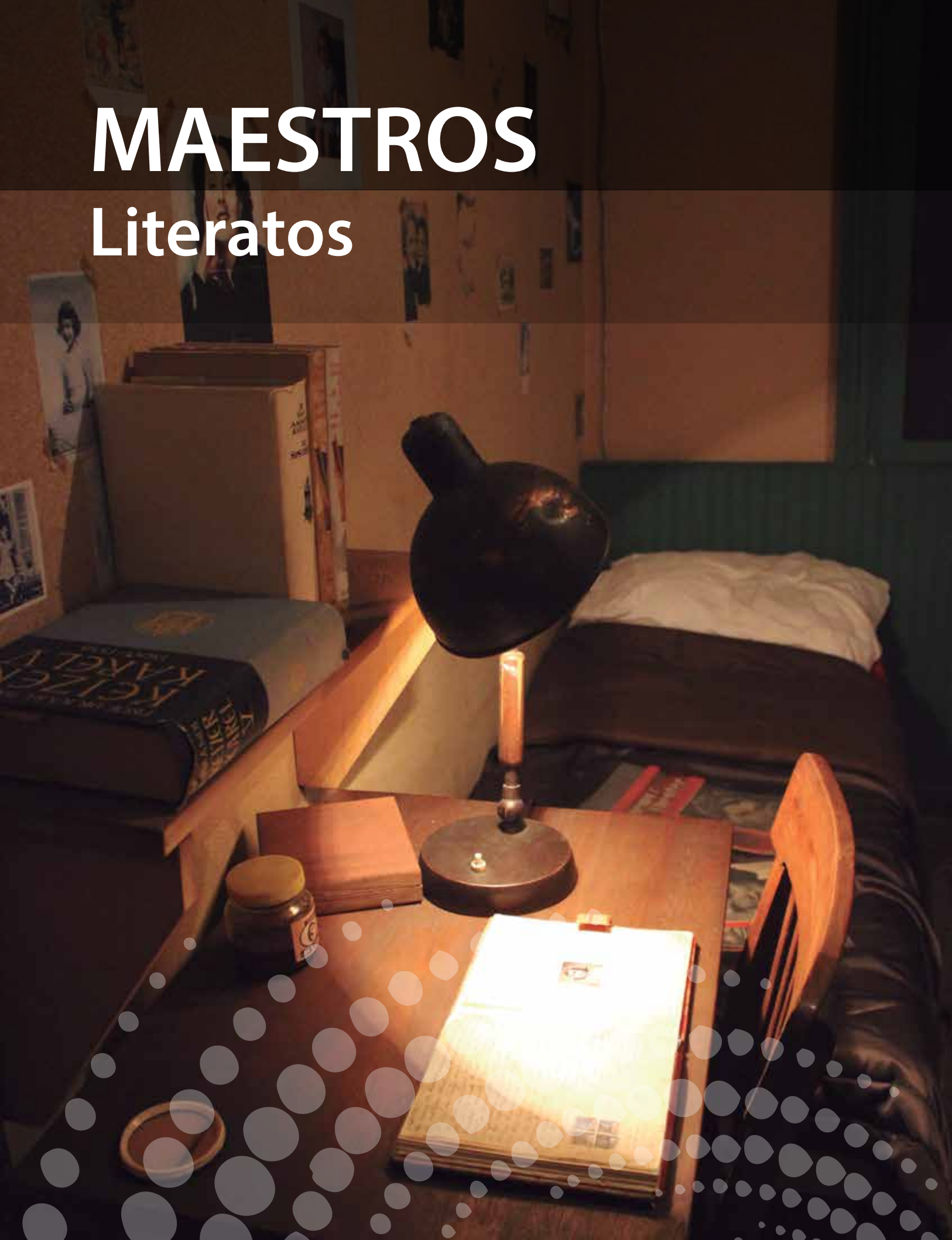


# MAESTROS

## Literatos





# Educar para la incertidumbre\*

Federico Díaz-Granados  
Escritor, docente y director de  
Agenda Cultural del Gimnasio Moderno  
Correo electrónico: fedediazgranados@yahoo.com

No hace mucho, el periodista argentino Andrés Oppenheimer propuso en una de sus columnas de opinión, que circula en varios países de América y Europa, que la educación del siglo XXI en Latinoamérica debía reducir la intensidad horaria de las humanidades y las estéticas porque, con miras a que se convirtiera en un continente competitivo y productivo, debían salir más estudiantes hacia carreras en las ciencias exactas y áreas técnicas que hacia las ciencias sociales o las artes.

Esta tesis del argentino, célebre, entre otras cosas, por pronosticar la inminente, casi inmediata caída de Fidel Castro hace 27 años, me lleva a pensar, desde el oficio de maestro, sobre el verdadero papel de la educación en este siglo de paranoias, miedos, dudas y extravíos de tantos puntos cardinales, en que las emociones humanas y la sensibilidad cada día quedan más relegadas a un plano de escepticismo ante la avalancha informativa y los desafíos de productividad y competencia.

El siglo XXI empezó, de verdad, el 11 de septiembre de 2001. Desde entonces las postales de Manhattan aparecen sin sus dos torres y la sociedad occidental pasó, en poco menos de dos horas, a entender que el principio del mundo ya no era el asombro sino el miedo. Y precisamente ese miedo nos lleva a vivir una de las etapas más confusas de la historia, donde la modernidad vive una de sus peores crisis. Definiciones como “el hombre es la medida de

todas las cosas” no comulgan con los días que corren, las contingencias y el choque de las civilizaciones.

Todo lo anterior nos lleva a ser ciudadanos de un tiempo de incertidumbre, de grandes interrogantes y profundos temores, donde las certezas forman parte de un territorio de utopías. “Nunca antes hubo una humanidad mejor informada”, afirman los profetas de los nuevos tiempos, en una época en la que televisión e internet desplazan a pasos agigantados al libro como gran vehículo de difusión de la cultura.

Por eso, plantear en el marco de esta escuela de verano una *Educación para la incertidumbre*, no es otra cosa que invitar a los maestros de hoy a formar generaciones de estudiantes preparados para afrontar el miedo y la paranoia que, para muchos, ofrece el mundo de hoy. Es convidar a educar a partir de la pregunta de los grandes tópicos que enfrentamos en la actualidad. Es brindar a los estudiantes las herramientas necesarias para que asuman la época que les tocó vivir con criterio, espíritu crítico, argumentación, respeto, tolerancia y solidaridad.

*Educar para incertidumbre*, así como lo entiendo, es aprovechar las competencias que nos da la poesía con el fin de preparar nuevas generaciones para interrogar, comparar, clasificar y analizar la información que permita resolver los grandes problemas de hoy. Es aprender a utilizar los recursos tecnológicos a la verdadera escala humana. La información está al al-

---

\* Segundo encuentro con Autor. Escuela de Verano, julio de 2016.

cance de cualquier iPad o Blackberry, por eso el desafío de los maestros de hoy es cultivar en sus estudiantes la curiosidad, la cartografía para llegar a puertos desconocidos. Porque la ciencia y la poesía tienen más de vecindades que de distancias y ambas apuntan sus secretas brújulas a la incertidumbre.

Una *Educación para la incertidumbre* nos debe señalar, por ejemplo, que el origen de la ciencia moderna se debe buscar en la poesía, la cábala, la astrología y la alquimia, y desde allí todos los signos y símbolos que intentan des-

cifrar el espíritu humano hacen del arte y las ciencias un álgebra embrujada que encuentra respuestas a grandes interrogantes en el territorio de lo desconocido. La armonía y la exactitud que presenta la belleza en algunos casos tienen mucho de poético como de matemático, depende desde dónde se las mire. Numerosos artistas han encontrado su gran surtidor creativo en la geología, la botánica y muchos científicos han indagado en la poesía y la filosofía, en la naturaleza un lugar para la belleza. Porque su origen y desarrollo tenían una raíz común: el mito.



Fotografía: Archivo fotográfico. Universidad Santo Tomás.



Fotografía: Archivo fotográfico. Universidad Santo Tomás.



Fotografía: Archivo fotográfico. Universidad Santo Tomás.



Fotografía: Archivo fotográfico. Universidad Santo Tomás.

Por eso, el futuro del arte en el contexto de la ciencia y la tecnología en un mundo globalizado será indeleble y augura grandes momentos, porque sin importar el tiempo ni la latitud, el arte, al igual que la ciencia, continuarán justificando el engrandecimiento del espíritu humano y se seguirán complementando para encontrar visiones del mundo semejantes. Muchos artistas han acudido a la química, la medicina y la astronomía para enriquecer “las provisiones de metáforas”, según Coleridge. ¿Qué sería de la ciencia sin metáforas? Arte y ciencia siempre van a nacer de una observación, una comparación, un concepto y un intertexto, desde la imitación y la hipótesis hasta desembocar en el pensamiento analógico y la comprensión de un mundo verdadero lleno de equivalencias. El pintor necesita de la geometría, el músico de la acústica y el poeta de la gramática, quizás para darle un orden al universo. El matemático Poincaré, fundador de la topología y los sistemas

dinámicos, afirmó que “el científico no estudia la naturaleza porque sea útil, la estudia porque se deleita con ello, y se deleita en ello porque es bella. Si la naturaleza no fuera bella no merecería ser conocida, y si la naturaleza no mereciera ser conocida, la vida no merecería ser vivida”. Así, mientras exista la raza humana, el arte y la ciencia le ayudarán a descifrarse a sí misma con los instrumentos necesarios que cada tiempo le otorgue y toda pregunta al corazón humano tiene tanto de poético como de científico.

Las interrogaciones de la ciencia no son ajenas a las de la poesía. Ambas se cuestionan sobre la naturaleza y utilizan el primer escalafón del método científico de Bacon: la observación. El científico, como el poeta, es un observador que se pregunta sobre el micro y macrocosmos. Ciencia y poesía como grilla de partida de una educación para la incertidumbre.

Así, *educar para la incertidumbre* sería preparar para que todos aquellos interrogantes nos conduzcan a construir y habitar una sociedad un poco más equitativa y justa. No constituye un secreto para nadie que la sociedad que nos correspondió vivir es desproporcional, injusta e inequitativa. Por eso, precisamente, se trata de enseñar sobre los valores éticos y morales del hombre, sobre su conocimiento de sí mismo y de los demás. Pide a gritos que se consolide el andamiaje que nos permita sobrevivir como raza para intentar ser, tan solo un poco, más felices, y continuar en la búsqueda de asuntos tan hondos para el hombre de siempre como el amor, la vida, el tiempo y los sueños.

¿Por qué se pide a gritos una educación más humanista? Porque las humanidades, las artes, las ciencias son la semilla primigenia en la formación de ciudadanos. Si solo se enseñan los valores de la productividad y la competencia iremos en contravía de una mirada democrática e incluyente.

Plantea el escritor William Ospina en su ensayo *Preguntas para una nueva educación*:

No se trata de escoger profesiones rentables, sino de volver rentable cualquier profesión, por el hecho de que se ejerce con pasión, con imaginación, con placer y con recursividad. Podemos aspirar a que no haya oficios que nos hundan en la pesadumbre física y la neurosis.

Las humanidades permiten reconocer nuestro pasado, nuestra historia, y el arte, nuestra identidad y el testimonio del paso del hombre por el mundo. Nos ayudan a entender nuestros mitos y desde allí las ideas filosóficas, religiosas, políticas y económicas que han permitido la construcción de una sociedad. Además, una educación para la incertidumbre permite una construcción de lazos de afecto, de solidaridad, de aprender a conocer al otro. Porque no se trata de formar para sacar a codazos al compañero sino de convivir, de coexistir en armonía. El hombre prevalecerá, como lo anunció William Faulkner en su discurso de aceptación del Pre-

mio Nobel de Literatura en 1949, pero prevalecerá si aprende a convivir civilizadamente, con afecto, lealtad y fraternidad, y ahí las humanidades y las ciencias sientan las bases necesarias para que así sea y donde sea prioritaria la libertad y la dignidad. De lo contrario, estaremos condenados a desaparecer.

Acaso haya que planear el mundo e inducir a nuestros estudiantes a creer que con los contenidos aprendidos van a tener resuelto el futuro o, por el contrario, debemos darles las herramientas necesarias para que desarrollen las habilidades y el pensamiento crítico que les permitan construirlo a la exacta medida de sus sueños y desafíos. Muchos de nuestros estudiantes salen a la vida universitaria llenos de miedo y viejos temores infundados. Corresponde a nosotros, los maestros, brindar los instrumentos necesarios para que lleguen a esa etapa sin los temores que, a lo mejor, nos acompañaron a muchos de nosotros.

La interdisciplinariedad es hoy el camino que se abre hacia lo nuevo. Algunos pedagogos afirman que el trabajo en equipo es la mejor terapia contra el egoísmo, y el trabajo cooperativo como escala del progreso, porque con la colaboración y la generosidad para compartir el conocimiento lograremos formar generaciones de ciudadanos más fraternos.

**No queremos, como pronostica Martha Nussbaum, que:**

las facultades de Filología corran el peligro de acabar transformadas en institutos de idiomas, las de Geografía e Historia en institutos de gestión del patrimonio y del turismo cultural y las de Filosofía en escuelas de autoayuda y otras artes del buen vivir.

Defender desde una educación para la incertidumbre la importancia prioritaria de las artes y humanidades como disciplinas transmisoras de cualidades esenciales para la vida misma, como la imaginación, la creatividad, la capacidad de empatía y el pensamiento crítico

es defender el futuro del hombre, como mencionamos antes.

Italo Calvino proponía en sus *Seis propuestas para el próximo milenio* seis conceptos para afrontar el siglo que vivimos: levedad, rapidez, exactitud, visibilidad, multiplicidad y consistencia. Cuánta levedad necesitamos para habitar un mundo gobernado por la inmediatez, cuánto silencio para regresar a las páginas de un libro y recuperar la intimidad y el sosiego; cuánta rapidez para entender la multiculturalidad y la interdisciplinariedad y poder así entender el mundo de Cervantes o de Shakespeare, de Dostoievski o de Whitman a partir de una mirada amplia de la historia y sus contextos y con eficacia imaginar en pro de la creatividad; cuánta exactitud en las habilidades comunicativas y las capacidades de argumentación, en el manejo del lenguaje y la nitidez de la mirada, que nos otorguen una voz y unos matices personales en el mundo; cuánta visibilidad debemos tener a la hora de imaginar y advertir las grandes preguntas para intuir; cuánta multiplicidad para comprender una cultura universal y un tiempo en el que conviven múltiples lenguas, razas, religiones y arquetipos, donde el mundo es cada vez más ancho y ajeno, y cuánta consistencia para perdurar en el tiempo llenos de certezas.

Estos conceptos escasean en la educación de hoy, tan afín con la repetición, la mnemotécnica, la rigidez y la normativa, donde las respuestas correctas, la autoridad y la seducción por los abundantes contenidos son pan de cada día.

En 1940, el poeta español Pedro Salinas pronunció, en su exilio americano, unas palabras con las que proponía defender al estudiante:

Algo tan delicado como el proceso formativo del ser humano. No consiste este en una acumulación de datos o de leyes de la materia, sino en un delicado adiestramiento del alma para ir percibiendo, sintiendo directamente, toda la complejidad de los problemas del hombre y del mundo, y hacerles cara con conciencia y sentido de responsabilidad o moral.

Concuerdo con mis amigos escritores en que cada generación debe traducir a sus clásicos. Es una manera de revisarlos y ponerlos vigentes en cada tiempo.

Confirmando todo lo que he defendido en los párrafos anteriores y releo a T. S. Eliot, el más grande poeta del siglo XX, en una hermosa versión de Jorge Luis Borges, quien se anticipó desde su lucidez e intuición a la gran incertidumbre del siglo XXI. Son estos versos un testamento para nuestro vuelo:

*El primer coro de la roca*

*SE CIERNE EL águila en la cumbre del cielo,  
El cazador y la jauría cumplen su círculo.  
¡Oh revolución incesante de configuradas estrellas!  
¡Oh perpetuo recurso de estaciones determinadas!  
¡Oh mundo del estío y del otoño, de muerte y nacimiento!  
El infinito ciclo de las ideas y de los actos,  
infinita invención, experimento infinito,  
Trae conocimiento de la movilidad, pero no de la quietud;  
Conocimiento del habla, pero no del silencio;  
Conocimiento de las palabras e ignorancia de la Palabra.  
Todo nuestro conocimiento nos acerca a nuestra ignorancia,  
Toda nuestra ignorancia nos acerca a la muerte*

*Pero la cercanía de la muerte no nos acerca a Dios.  
¿Dónde está la vida que hemos perdido en vivir?  
¿Dónde está la sabiduría que hemos perdido en conocimiento?  
¿Dónde el conocimiento que hemos perdido en información?  
Los ciclos celestiales en veinte siglos  
Nos apartan de Dios y nos aproximan al polvo.*

*Versión de Jorge Luis Borges*

Borges, J.L. (2013). El primer coro de la roca. *Cuadernos Ex-Libris n.º 9. Vuelo al bicentenario*. Agenda Cultural del Gimnasio Moderno. Bogotá.

## La poesía, una forma de resistencia en la tierra

El poeta Jorge Zalamea, el gran traductor del Premio Nobel Saint-John Perse y uno de los últimos poetas de talante épico en Colombia,



nos recordaba en su libro *La poesía ignorada y olvidada* (Premio Casa de las Américas, Cuba, 1965) que “en poesía no hay pueblos subdesarrollados”. Esta tesis cobra vigencia cada vez más en un mundo globalizado e interconectado, donde las brechas entre los más ricos y los más pobres son cada vez más grandes. Por eso, una certeza se nos confirma como verdad de a puño día tras día en este siglo XXI: nuestros países siguen sumergidos en unas inequidades sociales, económicas y políticas mientras el planeta se calienta y la banca y los mercados dominan la historia y el destino de la humanidad.

Sin embargo, “en poesía no hay pueblos subdesarrollados”. Eso lo confirman España y América Latina, que en el siglo XXI se miran desde el Atlántico en el espejo de sus propias historias y desafíos. El destino común de la lengua española es una aventura que hermana a estos pueblos en la verdad de la poesía que sigue llenando de vigor, de sentido y de significado a un idioma que cada día gana más influencia en las zonas francas y la geopolítica mundial. Somos más de 450 millones en el mundo y quizás, por culpa de la pobreza, el español está destinado a reproducirse a grandes velocidades y a no desaparecer. Y donde esté la lengua siempre habrá poesía, esa poesía que comunica y sirve de vehículo a las grandes emociones y preocupaciones humanas.

La historia de España y América Latina ha sido una historia de infamias, saqueos e injusticias. Así, a pesar de la muerte, las guerras y las dictaduras, muchos poetas tomaron partido por la vida y se convirtieron en la voz de su pueblo y de su aldea. Sabemos de memoria la posición política y el talante de poetas como Antonio Machado, Pablo Neruda, César Vallejo, Miguel Hernández, Rafael Alberti, Gabriel Celaya y Vicente Huidobro, Nicolás Guillén y Raúl González Tuñón, entre otros. Conocemos sus compromisos frente a la paz, la fraternidad de los pueblos y la dignidad humana. Nos señalaba Neruda en su discurso de recepción del Premio Nobel de Literatura en 1971 que “Yo

escogí el difícil camino de una responsabilidad compartida y, antes de reiterar la adoración hacia el individuo como sol central del sistema, preferí entregar con humildad mi servicio a un considerable ejército que a trechos puede equivocarse, pero que camina sin descanso y avanza cada día enfrentándose tanto a los anacrónicos recalcitrantes como a los infatuados impacientes. Porque creo que mis deberes de poeta no solo me indicaban la fraternidad con la rosa y la simetría, con el exaltado amor y con la nostalgia infinita, sino también con las ásperas tareas humanas que incorporé a mi poesía”. El poeta no es un pequeño Dios, el poeta tiene una responsabilidad colectiva y es la voz de su tribu porque, precisamente, está blindado de los metales poderosos que protegen a la palabra del paso del tiempo para cantar, denunciar y, por supuesto, perdurar, nos recuerda el autor del *Canto General*.

Luis Vidales me recordaba que había momentos que exigían escribir una poesía de urgencia para la guitarra, la peña y la rebelión. Asimismo, la poesía presente en las llamadas nueva canción, la canción protesta y la nueva trova cubana educaba a una nueva generación de poetas. Joan Manuel Serrat, Joaquín Sabina, Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, Mercedes Sosa, Alí Primera, Daniel Viglietti y roqueros como Charly García y Fito Páez dejaban letras para reescribir la historia desde la mirada de los vencidos o desde la orilla de los más necesitados. Por otra parte, Casa de las Américas en Cuba resultaba un faro ético y cultural de la América digna, y los poemas de Benedetti y de Gelman se recitaban de memoria y sus versos se repetían en cada rincón del continente como un santo y seña del asombro y la verdad. De igual forma, Eduardo Galeano publicaba *Las venas abiertas de América Latina*, libro que se convertiría con el paso de los años en un santoral de la izquierda latinoamericana. Para entonces era tan grande la diáspora uruguaya que ya es clásico ese grafiti pintado cerca del aeropuerto de Montevideo, en plena dictadura, que decía: “El último en salir apague la luz”.

La creación poética es, de por sí, una posición política. Ser poeta en sociedades como las nuestras confirma lo que Roque Dalton predicaba: “El poeta en nuestros países cumple tres funciones: payaso, sirviente o enemigo”. De esta manera, todo poema tiene un contenido social, así como se afirma que todos los poemas son de amor porque son actos de amor a la humanidad y al hombre de todos los tiempos.

Nos recuerda García Montero que

la poesía comunica, reivindica una conciencia individual. Ante la crisis global que existe, la poesía se me evidencia como una reivindicación de la conciencia individual. No creo en recetas económicas o políticas, porque se trata de una crisis de valores y esos valores los defiende la poesía: la conciencia individual que no admite homologaciones ni consignas vacías, pero que tampoco admite el aislamiento y el egoísmo y que intenta ser parte de la comunidad. (...) La poesía como ejercicio que reivindica la conciencia individual me parece un acto significativo, pensar cada palabra para hacerte dueño de tus propias opiniones es fundamental.

A esto, Gelman agrega:

Sí, es indiscutible que el amor, a veces, incluye el deseo de cambiar el mundo. Este sistema capitalista es inmoral. ¿Qué tiene que ver con la ética de la gente? Es un sistema inmoral, que empieza por arriba, por la inmoralidad de los dirigentes. Contra el capitalismo, una dosis doble de moral, la única escapatoria a las injusticias, aunque haya pasado a un plano oscuro y olvidado.

Un poeta reconoce su lengua como su patria y sabe que debe utilizar las mismas palabras y el mismo idioma del verdugo y de sus víctimas. Debe matizarlas y darles un tono con el fin de que perduren en el tiempo para continuar dándoles identidad a los pueblos, para pintarles un rostro y darles una voz. La poesía siempre como una suerte de “Resistencia en la tierra”.

## Poesía ante la incertidumbre, un viaje a la esencia

Música, música siempre y todavía. / Que tu verso sea fugaz y suave, / sutil y ligero, como vuelo de ave / que busca otros cielos y otro nuevo amor. / Que tu verso sea la buena ventura / esparcida al aire de la madrugada, / que huele a tomillo y a menta granada... / Todo lo demás es literatura.

Así cerraba Paul Verlaine su célebre poema *Art Poétique*, en el que reflejó su particular visión sobre la creación poética. No es la primera vez que se considera la poesía como una plasmación diferente, imbuida de un rango que la aleja del resto de géneros literarios. Es la manifestación artística más antigua de la humanidad, junto con la pintura, y tiene a su alcance diversos recursos o procedimientos que no aplican en el lenguaje conceptual o denotativo. La creación poética abarca una reconstrucción subjetiva de la existencia humana que va desde el nivel fónico-fonológico al *semántico* y *sintáctico*, pasando por el ensanchamiento del significado y el uso de imágenes, símiles y figuras literarias como la metáfora, la hipérbole o la personificación. El hecho poético se verifica en el encuentro con cada lector u oyente, que otorga nuevos sentidos personales al texto escrito o recitado. No es de extrañar que la poesía sea considerada por muchos autores una realidad *espiritual* que está más allá del propio *arte*. Según esta concepción, la calidad de lo poético trascendería el ámbito de la lengua y del lenguaje para expresar artísticamente emociones, sentimientos, ideas y construcciones de la imaginación.

En poesía, las vanguardias forman ya parte de nuestra tradición, de nuestro legado lírico colectivo. Del mismo modo que el mester de juglaría o la poesía isabelina. Estudiando con ahínco y asumiendo todo nuestro pasado, que forma parte indeleble de lo que somos, esta-

mos convencidos de que lo más honesto hoy en día es cantar, cantar desde el fondo del alma sin preceptos ni corsés, sin fabricar estructuras que respondan a ninguna medida canónica, sino ejerciendo la máxima heterodoxia formal y de fondo. Cantar nuestra fragilidad y nuestra grandeza, nuestra angustia y nuestra alegría, las cumbres y los abismos de nuestra realidad, lo áspero y lo dulce de nuestros deseos, el dolor y el placer del oficio de estar vivos es y seguirá siendo lo más valiente e incluso revolucionario –entendido como libertad absoluta de pensamiento–; por más que se quiera tachar de retrógrado desde posiciones resabiadas y carentes de espontaneidad. Y el resabio, como el cinismo, son, sintiéndolo mucho, incompati-

bles con la poesía, que mana siempre desde la pureza, que puede ser lírica, satírica o irónica, pero siempre verdadera. Traigamos a la memoria para finalizar al gran William Faulkner, quien afirmó lo siguiente reflexionando sobre el papel del poeta:

Los poetas, los escritores tienen el deber de escribir sobre las cosas que conciernen a todos los hombres. Es el privilegio de ayudar al hombre a soportar la existencia mediante el levantamiento de su corazón, recordándole el coraje y el honor, la esperanza y el orgullo, la compasión y la piedad y el sacrificio que han sido la gloria de su pasado. La voz del poeta necesita no sólo ser el registro del hombre, puede ser además uno de sus pilares, los pilares que le ayudarán a resistir y prevalecer.